

DOCUMENTO 7

Veleidosa

Veleidosa se publicó en mayo de 1891. Es una novela que no puede leerse al margen de los sentimientos. Narra una historia sencilla, tan común dentro de los avatares de la vida cotidiana, narrada con emoción y talento; por su sencillez y por su humildad conmueve. Dice Gutiérrez Nájera que “ni siquiera es de las ocurrencias sociales que dan asunto a la crónica escandalosa o a la crónica del crimen”.

Veleidosa (fragmento final)

Como no recibían periódicos, ni Anselma ni Genoveva se informaron del párrafo que anunciaba el viaje de Salvador. Supieron, pasado el tiempo, por casualidad, que el pintor vivía en París; pero la verdad es que, eso, en nada les interesaba.

Una noche, serían las diez, cuando se presentó una criada en el aposento de Anselma con una carta en la mano. La muchacha se preparaba para concurrir a un baile en casa de su amiga Rosa Beltrán, hermana, precisamente, de un gallardísimo joven, poeta novel, pero de claro ingenio y donosa inspiración y que pasaba en aquellos días por rival (afortunado) de Diego Vargas, cuyo sol trasponía el horizonte.

Así, a lo menos, la crónica lo aseguraba.

-¿Una carta?

-Sí, señorita. Y el cartero aguarda el valor del porte.

-¿Cómo así?

-Viene del extranjero.

-¿Y quién puede escribirme a mí del extranjero? ¡Ah, sí!... Cruzó una idea por el cerebro de Anselma.

-Tía, paga el porte de esta carta. ¿Sabes qué me he imaginado?...

-¿Qué? -dijo Genoveva entregando a la criada una peseta.

-Que me escribe Morello.

-Después de tanto tiempo... imposible... ¡más de ocho meses!... ¿Y qué ha de escribirte?... ¿para qué?

-¡Quién sabe! aguarda... Voy a ver... Anselma rompió el sobre.

-Vístete... niña... después... ¡qué curiosidad!...

-Si, tía... la verdad es que mi curiosidad es mucha... Bien que sólo me faltan los pendientes... y el polvo... ¡Ah!... Anselma dio un grito, un grito de sorpresa... tal vez de vanidad...

-¿Qué pasa? murmuró Genoveva.

-¡Eh!... ¡te lo decía yo!... Aquí está su firma... mírala -"Salvador"-
¿A ver?...

Pasó la vista por las primeras líneas.

En seguida se puso lívida y balbuciente, con voz sombría, -dijo, apartando los ojos de la carta:

-¡Qué cosas tan tristes hay aquí!...

París, Enero 6

Anselma:

Como tanto has influido en mi vida, es natural que antes de morir me despida de ti y te hable unos momentos... Me apresuro, porque conozco que en breve no podré tomar la pluma entre mis dedos. Si me vierás, no me conocerías. Vivo, si esto es vivir, en un aposento tan pequeño, que apenas caben en él mi lecho y una silla. Es bastante para mí que no puedo moverme; estoy paralítico. Me sirve un criado imbécil y crapuloso que me olvida, que me deja casi siempre sin alimentos y sin medicinas... Esto último no importa... No quiero sanar, lo que quiero es no sufrir... ¡Qué horribles son, Anselma la soledad y el abandono! Ni una palabra de consuelo, ni una mano amiga, ni una sola mirada de compasión y de ternura... ¡Se respira aquí la helada tristeza de los cementerios! Cuando estuviste enferma... ¡qué diferencia!... ¿te acuerdas?

Anoche estuve recordando aquellos hermosos días del amor cuando a tu lado me embabecía mirándote acabada de salir del baño, envuelta

en la lluvia de oro de tu copiosa cabellera, todavía húmeda, oliendo a limpio.

Me he acordado de tus palabras, de las mías, de tanta locura y de tanto delirio... Todo ¿para qué? Mi amor al arte, mi amor al trabajo, mi amor a mis hermanos... ¡a mi madre!... todos mis amores, perdidos por tu amor que era nada: un capricho tuyo, pasajero, fugaz... ¡Eso fue! Para ti la vida, para mí la muerte. ¡Ya lo ves!... Tú despedazaste mi corazón, lo mismo que un niño hace pedazos la luna del espejo ante la cual se divirtió mirándose, algunas horas antes de romperlo!

No puedo más... todo se va borrando en mi memoria... y me cuesta trabajo, mucho trabajo, recordar...

Hoy ha dicho el doctor que me confiese... Mañana iré al hospital; así me lo acaba de repetir la portera de esta casa... ¡Mejor! Si supieras... ¡qué horribles penas!... de día descanso; pero de noche ¡qué dolores! se hacen pedazos mis huesos... mi cuerpo todo es una lástima... una miseria... Yo veré la manera de que esto termine... que se acabe pronto... pronto...

Adiós.

Salvador

Dentro de la misma cubierta venía otra carta más pequeña en papel de luto. Anselma la abrió. Decía así:

Enero 7

Señorita:

El enfermo que escribió la adjunta carta y me recomendó al entrar hoy, que la pusiera en el correo; poco después, inadvertidamente, por una inconcebible equivocación, se bebió la medicina del número 7,

que estaba destinada para uso externo, en lugar de las cucharadas que le había ordenado el médico en jefe de la sala. A pesar de los esfuerzos hechos para salvarlo, ha fallecido hoy mismo, en el seno de la Iglesia, a las nueve y media de la noche.

Vuestro respetuoso servidor,

A. Janin,
Interno del hospital de San Luis."

Crónica de Manuel Gutiérrez Nájera,
***El Partido Liberal*, 19 de julio de 1891**

VELEIDOSA, DE JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS

Esta novela es un poemita. ¿Por qué no está en verso? ¡Cuánto más luciría con uno de esos trajes fastuosos, recamados de oro, salpicados de perlas que da Peón a sus ideas, haciendo a ésta, princesa; a ésa, infanta; a aquélla, reina! Él, tan pródigo de talento, de amor, ¿por qué fue avaro? Pido versos para esta obra que es la verdad, vista por unos ojos tristes, al través de la poesía. ¡Amor aquí; olvido allá; lo que soñamos, lo que vemos! Parece, aunque no tiene las divagaciones filosóficas y humorísticas, propias de Campoamor, uno de esos *Pequeños poemas* que tanto y tan deliciosamente hacen sufrir. Correte la poesía, abre una puerta y se encuentra a la triste verdad vestida de luto. Huye; cierra los ojos; canta para que el miedo, amigo del silencio, no la siga; abre otra puerta, la que cree del jardín... ¡y detrás de ella está la del vestido negro!

Así es Veleidosa. Dando cuerpo y color a esa novela, me la figuro como la *Mártir cristiana* de Paul Delaroche. Es blanca, es rubia, está pálida y flota muerta, sonriendo, en las ondas azules adormidas. Pero esa mártir no es ella, no es Veleidosa, sino el alma triste de su doliente enamorado. Tiene la suprema belleza, la que da el haber amado mucho, sufrido mucho y morir perdonando. Esa es la belleza que arrojó a la humanidad ante el profeta escenio de la dulce mirada. No se puede leer sin enternecimiento el libro de Peón. Es una historia vulgar, narrada con emoción y con talento; y porque es vulgar, conmueve. Ni siquiera es de las ocurrencias sociales que dan asunto a la crónica escandalosa o a la crónica del crimen. Es de los dramas ignorados que se ocultan tras una gacetilla titulada "Defunción", u otra gacetilla titulada "Matrimonio". Salvador ama a Veleidosa —la llamo así porque su nombre propio me desplace—, se aman los dos; Veleidosa olvida; Salvador sigue amando, y después muere. Esto es corriente, llano, se ve todos los días... y por eso conmueve más. Es el dolor que ya sufrimos, salvando la vida, o es el riesgo a que estamos expuestos.

Unos recuerdan con tristeza; otros preven asustados; pero todos los que aman o ya amaron, leen el libro.

No me antipatiza Veleidosa. Es mujer, y no tiene la culpa de ello. Ya la había conocido Lope de Vega cuando dijo que la mujer es tornadiza como el viento y las olas; y ya la había pintado Francisco I en la vidriera de su castillo al grabar la máxima famosa:

*Souvent Femme varie
Bien fol est qui sy fie;*

ya lo sabemos todos, aunque siempre lo olvidamos. ¿Podéis casar indisolublemente a una mariposa con un mirto? Imposible, ¿verdad? Y tal vez por esa misma volubilidad la mariposa y la mujer son tan bonitas. Al guijarro pisamos; tras de la alondra corremos. Nos encantan el agua que traves ea y que salta; la luz que muda de trajes, ya vistiendo el de oro y el azul, ya el de plata, y que viene, se va, nos ama y nos olvida; nos hechiza todo lo que vuela, todo lo inconstante, como el pez que aparece, brilla y se escabulle; como espuma efímera, como el iris rápido. Tal vez el diamante nos parezca hermoso porque cambia de luces. En cambio, el ciprés impasible, inmutable inmóvil, casi nos infunde tristeza. Sólo que sabiendo todo esto, aspiramos con infinita aspiración a algo eterno. ¿Buscarán las almas, como el agua, su nivel? ¿Vendrán de cimas cerúleas en donde las rosas viven vida perdurable? Vamos a esas cúspides por otra nueva escala de Jacob, como creen los flamantes magos del espiritismo, caímos de ellas, como asegura la doctrina cristiana, para volver a encumbrarnos por el camino del Calvario, o enfermos, dementados, pedimos lo infinito a lo finito y lo eterno a lo mutable... Shakespeare —mal traducido—, dice: *Fragilidad, tienes nombre de mujer*. Eso no es cierto: la fragilidad es tan femenina como la vida. Y sin embargo, las aspiraciones nuestras y las instituciones en que las hemos corporizado, descansan en la perpetuidad del sentimiento. Veleidosa —nombre alado— no me antipatiza, porque no es responsable. Un niño ve un juguete y quiere cogerlo, se lo dan y lo rompe; se acerca a una bujía, palpa la flama, quémase y llora. Y Veleidosa es niña; no es mujer, porque las mujeres no son mujeres sino después de haber amado mucho, sufrido mucho o haber sido madres. Veleidosa quiso al artista, su amante, como la niña quiere al muñeco de porcelana que vio en la juguetería. Y le rompió la vida como la traviesa rompe su muñeco... ¿No os han dado tristeza nunca los juguetes rotos?...

Salvador era para Veleidosa un juguete encantador. Dice un poeta:

*La mujer, como el ave, se enamora
De todo lo que brilla y hace ruido.*

Y Salvador brillaba, hacía ruido, era un color hermoso como el de los vestidos de moda, era una música agradable como la de la danza que se baila de preferencia en los salones; era un pompón de pluma para su tocado; un clavel escarlata para su cabello.

Tomar el alma de aquel artista como se toma una sonajita de plata; jugar con su corazón como con un volante de raqueta; verse retratada por ese pincel mágico; impedir que retratara a otras hermosas, ¡Qué irresistible tentación! ¡Qué linda travesura!

Y es tan fácil decir: Te amo. Son tres sílabas... casi dos. Y ¡Te amaré eternamente! se dice en esos instantes en los que cabe la eternidad por breve rato. Después... hace frío, da sueño, se bosteza y se duermen cansados los amores. ¿Qué culpa tiene Veleidosa de que haga frío y dé sueño?

Lo malo fue que Salvador era soñador. Pintaba paisajes en su vida, como en el lienzo. Aquí flores; allá, aguas bullidoras y cubriendo todo un cielo azul que parece no acabarse nunca. Él creía en el amor eterno... ¡Algunos creen así! Acaso él mismo no habría logrado hacer el suyo inmortal, porque se requiere que venga la desgracia para que, convirtiendo en marmóreas estatuas yacentes los recuerdos, hagan que vivan luengos años los amores.

¡Qué bien nos pinta Peón Contreras el contraste que, al nacer, presentaron esas dos simpatías: la de él a ella, la de ella a él! Veleidosa se detiene un momento, como rehilete clavado con alfiler de oro. Ama a Salvador por su donairoso traje de artista, por la luz que cae de la ventana al caballete, por la paleta que brilla, por la marina empezada, por el nombre de él, por la aureola de gloria que rodea esa hermosa y varonil cabeza.

Salvador la llega a querer, más que por bella, por débil, porque está enferma. Su alma de artista es femenina; también ama lo bello por ser bello; pero luego ese amor se convierte en hijo suyo, y entonces quiere como una madre. Y por eso, por ser como de madre, vive el amor de Salvador más que el de Veleidosa.

¿En cuál cariño canta la maternidad cuando la heroína de la novela está pálida, enferma y va a morir? ¿En el de Genoveva que es la madre humana? No; en el de Salvador. Ese pintor se vuelve médico; deja la alegre luz de su taller por la amarilla de la veladora; ya no oye a los pájaros en el bosque, para tener música en el alma al pintar sus paisajes, sino la tosecita de la pobre tísica; prepara la tisana, estudia en libros las dolencias de su amada, mientras ella reposa; corre al hospital a consultar a sus amigos médicos; a ver cómo son, como están las atacadas de ese propio mal; tiembla cuando la hoja amarillea, cuando llovizna, cuando el aire enfría, y a costa de sacrificios y de esfuerzos, salva una madre a su hija... para que más tarde se la lleva algún amante.

Todo esto dicho con becqueriana poesía en algunos capítulos de la novela. Ya al leerlos adivinamos lo que seguirá. Salvador va a ser pronto infeliz. Es tan bueno! Veleidosa recobra la salud y pierde el cariño romántico, de convaleciente, que la unía a Salvador. Vuelve a ser Veleidosa. Antes había dejado de serlo porque estaba como postrada en su sillón de enferma. El crepúsculo vespertino de este amor en que todavía queda cariño y gratitud, y el deseo de irse deshaciendo dulcemente, sin forzar, sin ofender la mano todavía ardorosa, que detiene a la helada, está pintado admirablemente por Peón. Hay frío afuera —dice el corazón—, y a cada rato se asoma a los ojos para ver si llueve. Sobrecoge el espíritu un miedo vago. Está nublado. Se presiente, casi se cree; pero no se quiere creer.

La que ya no ama, como Veleidosa, se pregunta: —¿Cómo será algo buena, al ser mala con él?— Quiere que su novio entienda lo que pasa, sin decírselo ella. Daría algunos años porque coqueteara —nada más coqueteara—, con alguna otra. ¡Ah, pero entonces los amantes son muy fieles! Temen sus corazones, y por nada salen de aventura. De modo que algo brusco es necesario para desatar o romper el nudo.

Entristece ese Salvador que se resiste a comprender; apenas cuando transige; conmueve cuando se queda solo en su cuarto, y solo ya en la vida. ¿Por qué amó a Veleidosa...? ¿Y si se hubiera unido a ella...?

Ya el artista vendió sus bienes más queridos para marcharse a Europa; ya va en el mar, y desde el barco dice adiós a todo lo suyo, como el poeta pintado por Gleyre se despedía, en la orilla, de sus venturas y sus sueños.

De Veleidosa nada se nos dice, ni tampoco interesa que nos hablen de ella. Baila, juega, ríe, mariposea. Salvador es apuesto, joven, tiene genio, y otras mujeres más o menos veleidosas le sonríen. Pero pertenece a esa casta de soñadores que aman el dolor más que el amor, y cuando lo hallan se unen para siempre a él.

El dolor, en el hombre de genio, cuando no lo lleva a las cumbres altísimas, lo lleva al vicio. El ajeno atrae, como la mirada verde de una mujer con la que sólo pensamos pasar algunas horas. Para despreciar a la mujer, se buscan muchas mujeres. ¡Cuántas confesiones mudas escucha el vaso! Entre la copa y los labios, ahí suele estar el drama. Y en los lechos impuros ¡Cuántas veces se ha refugiado un sueño casto, un recuerdo tierno, una memoria de pureza, algo hermoso que fue bueno!

Salvador no se corrompe, se profana. Se mancha y no se limpia, porque ya no necesita estar aseado. Siente una inmensa necesidad de sueño, y bebe para dormir. Pero no se ahoga su bondad en esas charcas en que ha caído. Una suave resignación exhala su alma. ¿Por que culpar a Veleidosa? tal vez tuvo razón; tal vez la habría hecho desdichada; no era vicioso, era desventurado. Pero quería afearse moralmente él mismo, por amor, para disculpar a la traidora.

Por fin, enferma y muere. Muere perdonando. Su última carta es una delicadeza externa. Parece auténtica, escrita por Salvador, y este es el más alto elogio que puedo hacer de Peón Contreras.

En *Veleidosa* hay verdad, hay ternura y hay poesía. Chispean entre sus hojas, como brillantes luciérnagas, frases luminosas. Se ve que este drama ha pasado: diríase que Peón asistió como doctor al moribundo y que escuchó como poeta sus íntimas confidencias.

Al cerrar el libro, se aplica el oído a la cubierta para oír los latidos de un corazón que en él queda. Está en prosa; pero esa prosa es como la fronda de los árboles: abriga muchos nidos, y en los nidos muchos cantos.

¿Por qué es tan breve? ¿Por qué no está en verso?